

BIBLIOTECA DE **Sociología**

RELACIONES INTERGENERACIONALES

Mariano Sánchez Martínez
Andrés Rodríguez González
Inmaculada Montero García



**RELACIONES
INTERGENERACIONALES:
CONCEPTUALIZACIÓN
E INTERVENCIÓN**

PROYECTO EDITORIAL:
BIBLIOTECA DE SOCIOLOGÍA (Guías)

Coordinador:
Cristóbal Torres Alberó



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

RELACIONES INTERGENERACIONALES: CONCEPTUALIZACIÓN E INTERVENCIÓN

Mariano Sánchez Martínez
Andrés Rodríguez González
Inmaculada Montero García



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Mariano Sánchez Martínez,
Andrés Rodríguez González
Inmaculada Montero García

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-459-2
Depósito Legal: M-23.396-2025

Impreso en España. Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

Índice

Prólogo	9
 1 . Relaciones y tiempos en la vida humana	 15
1.1. Somos nudos de relaciones: los vínculos	16
1.2. Somos seres que envejecen: los tiempos	20
1.3. Sobre edades, cohortes, y generaciones	22
1.3.1. Las edades	22
1.3.2. Las cohortes	24
1.3.3. El problema de las generaciones	27
1.3.4. Generaciones: dimensión temporal	31
1.3.5. Generaciones: dimensión relacional	35
1.4. Claves para la acción	39
1.5. Recapitulación	41
 2. Para entender las relaciones intergeneracionales	 43
2.1. Dos vías para pensar la intergeneracionalidad	43
2.2. Edades y relaciones interetarias	47
2.3. Cohortes y relaciones intercohortes	52
2.4. Generaciones y relaciones intergeneracionales	56
2.4.1. Los sentidos de la intergeneracionalidad	62
2.4.2. La inteligencia generacional	65

2.5. Claves para la acción	67
2.6. Recapitulación	70
3. Intergeneracionalidad familiar y extrafamiliar	73
3.1. Intergeneracionalidad familiar versus no familiar	75
3.1.1. Relaciones intergeneracionales dentro de la familia	75
3.1.2. Relaciones intergeneracionales fuera del entorno familiar	83
3.1.3. Conectando posibilidades: sobre cómo puede suceder la intergeneracionalidad	88
3.2. Claves para la acción	90
3.3. Recapitulación	92
4. Espacios intergeneracionales	95
4.1. Espacios y lugares mono-, multi- e intergeneracionales	95
4.2. Zonas de contacto intergeneracional	97
4.3. Un ejemplo: los centros intergeneracionales	99
4.3.1. Los CIG: algunas claves	100
4.3.2. Posibles beneficios asociados a un CIG	102
4.3.3. Algunos ejemplos de CIG	105
4.4. Criterios de viabilidad para las ZCI	108
4.5. Claves para la acción	111
4.6. Recapitulación	113
5. Proyectos intergeneracionales	115
5.1. Intergeneracionalidad programada	115
5.1.1. Los buenos proyectos intergeneracionales	121
5.2. Principios y componentes básicos	122
5.3. Indicadores de calidad	129
5.3.1. Programa de calidad Together Old and Young (TOY)..	129
5.3.2. Estándares de calidad ICIP	131
5.3.3. Ejes, dimensiones e indicadores de calidad	133
5.4. La inteligencia generacional y los PI	137
5.5. Un ejemplo: proyectos de mentorización intergeneracional ..	138
5.6. Claves para la acción	141
5.7. Recapitulación	143

6. Políticas intergeneracionales	145
6.1. Panorama de las políticas intergeneracionales en Europa	147
6.2. Políticas intergeneracionales como políticas de curso vital	151
6.2.1. El enfoque de curso vital como marco	154
6.2.2. Políticas de curso vital. Un ejemplo	159
6.2.3. Políticas de curso vital intergeneracionales. Un ejemplo	164
6.3. Claves para la acción	168
6.4. Recapitulación	169
7. Educación intergeneracional	171
7.1. De la educación a lo largo de la vida a la educación intergeneracional	175
7.2. Envejecimiento activo, solidaridad intergeneracional y generatividad, oportunidades para el desarrollo de la educación intergeneracional	177
7.3. La educación intergeneracional como concepto	180
7.3.1. La comunicación intergeneracional: capital humano y prerequisite en la educación intergeneracional	181
7.3.2. Conceptualización y elementos clave en la educación intergeneracional	183
7.4. Necesidad y beneficios de la educación intergeneracional	187
7.5. Características de un modelo de educación intergeneracional	189
7.6. Claves para la acción	191
7.7. Recapitulación	193
Bibliografía recomendada	195

Para entender las relaciones intergeneracionales

Por si no ha quedado suficientemente claro hasta ahora, comencemos este capítulo confirmando que utilizar la generación como instrumento para el análisis social es algo que no goza de claro respaldo. En el marco de esta guía, esa falta de respaldo se debe fundamentalmente a que no se entiende lo que un estudio o una intervención generacional pueden tener de ventajoso frente a otros en torno a grupos etarios o cohortes. Con total claridad, en el día a día de la comunicación pública, los términos *edades*, *cohortes* y *generaciones* se utilizan muy a menudo indistintamente, en especial los dos últimos. Esta guía seguramente no resolverá al completo esa confusión —entre otras razones, porque exige un tipo de elaboración que probablemente no encajaría bien— pero se propone contribuir a ello.

Eso sí, debe quedar claro que el hecho de que esta guía esté centrada en la perspectiva intergeneracional no significa que otras perspectivas —en este caso, la interetaria y la intercohortes— no sean valiosas. Lo que sí sucede es que la intergeneracional tiene especificidades que la pueden hacer más o menos apropiada, dependiendo de lo que se pretenda observar y, sobre todo, del tipo de intervención social que se tenga en mente.

2.1. Dos vías para pensar la intergeneracionalidad

De entrada, para pensar bien la intergeneracionalidad disponemos de dos vías muy obvias. Una consiste en comenzar prestando atención al concepto de generación para,

luego, pasar a ocuparse del *inter* con el que arranca el término. La otra vía recorre el camino contrario: del *inter* a las generaciones. La decisión de adoptar una u otra vía afecta notablemente a las formas en que la intergeneracionalidad puede ser entendida. Veámoslo en detalle.

Según la primera vía, en el principio lo que existe son las generaciones –siempre en plural; de lo contrario parece que quedaría imposibilitado cualquier *inter*–. En efecto, hablamos de generaciones y, como veremos en este mismo capítulo, nos referimos a ellas de múltiples formas: generación X, generación Y, generación *baby boom*, generación del 27, generación COVID, generación camaleón, segunda generación, generación *silver*, generación sénior, generación i, generación sándwich, generación de cristal, generación ni-ni... Una vez identificadas quiénes son y en qué consisten las generaciones, la intergeneracionalidad viene a nombrar algún tipo de conexión entre ellas.

En apariencia, se trata de una manera de proceder con evidente lógica. Sí, pero ¿a qué precio? Un precio es el de estabilizar a las generaciones como algo bien delimitado y con identidad inmutable, algo que va en contra de la aproximación relacional y procesual expuesta en el capítulo 1. Otro precio, el de instrumentalizar el concepto de generación y desproveerlo de su vertiente dinámica: una generación genera, crea, da vida, engendra; por tanto, nunca debería ser entendida únicamente como algo que se vaya a utilizar, aunque sea con fines de conexión, como propone el *inter*.

La segunda vía para significar la intergeneracionalidad usa la preposición *inter* como puerta de entrada. ¿Qué supone servirse de este prefijo? Pasar de una cultura sustancialista –una ontología del *ser*– a una cultura relacional –interesada en el *ser-con*–. “Existir es diferir”, defendió en su momento el sociólogo Gabriel Tarde (2006: 73) para aludir a lo que pensaba que era lo más propio de los seres: la diferencia como relación. Desde esta perspectiva, la identidad –incluida la generacional– solo es un momento en una incesante repetición de diferencias en movimiento.

En este sentido, lo que se impone para entender el mundo es prestar atención prioritaria a las relaciones, los vínculos, los eslabones, las tramas de lo inter-humano, la coexistencia relacional a través de una serie extensa y profunda de redes y nudos. Desde la filosofía, y en palabras del filósofo francés Jean Luc Nancy, esta segunda vía apuesta por pasar de una ontología del ser o del ente a una ontología del entre: todo lo que pasa acontece entre nosotros. La tesis de Nancy se puede formular en una doble pero complementaria dirección:

- a) Son las relaciones las que construyen al sujeto. La individualidad fisiológica del individuo no es obstáculo para reconocer que el ser humano se constituye, se hace en un haz de relaciones que funciona en múltiples direcciones. La naturaleza de este ser individual es el *entre* y es el *con*, un ser no substancializado que va construyendo su subjetividad en relación con otros, entre otros.

- b) Lo relacional en el ser humano también se manifiesta en su naturaleza singular: la lógica que preside el desarrollo y el devenir de este ser singular plural no es la presidida por el recorrer evolutivo de edades (edadismo), ni tampoco por la superación de etapas o fases que atraviesa en un proceso de estandarización de las edades que, a menudo, finaliza en visiones estáticas y cerradas (etapismo)..., sino que es aquella que reconoce que existe una fuerte e inexcusable interdependencia de las edades de la vida, una irreductible relación entre ellas. Desde esta perspectiva, la vejez no es una etapa aislada sino que se construye desde la infancia.

En este sentido, se recuperan a continuación, condensadas, tres reflexiones del profesor Juan Sáez Carreras, de la Universidad de Murcia, una de las personas que más y mejor han pensado en nuestro país la idiosincrasia relacional de la intergeneracionalidad:

1. No cabe duda de que la tradición nos ofrece oportunidades que reflejan la preocupación por el nosotros. La limitada tradición emancipadora que camina desde la Revolución Francesa hasta hoy nos presta algunas imágenes relevantes del nosotros, si bien las posibilidades de materializarlas hayan sido coartadas o diluidas en más o menos tiempo.
2. El universalismo individualista, tan expandido por ideologías, religiones y enfoques enemigos del nosotros, de lo que construye grupo o comunidad, no ha podido evitar el hecho de la privatización radical de la existencia o la pujanza de lo privado en niveles tan intensos que casi parece una ironía nombrar el nosotros en una globalidad tan fracturada y escindida por guerras, hambrunas, productos energéticos y otros muchos variados intereses.
3. Pero ¿quiénes somos *nosotros*? Es un pronombre, es cierto. Pero ¿cómo lo pronuncio?, ¿qué traducción le doy, es decir, con qué sentido y significado lo utilizo?, ¿sigue siendo un problema antes que una realidad?, ¿se puede construir una sociedad apoyada y sostenida sobre el nosotros cuando el individualismo ha torpedeado y torpedea cualquier dimensión compartida de la vida?, ¿evoca hoy por hoy el lugar de una imposibilidad, acaso el de una frustración o se queda, como tantas otras ideas generosas, en un ideal muy difícil de concretar? Las preguntas se suceden y deberíamos saber pensar estas cuestiones para ir comprendiendo lo que significa adentrarse en el universo intergeneracional y sus diversas apuestas a través de proyectos de investigación, prácticas y experiencias, porque desde ellos puede dársele un sentido nuevo al nosotros.

En una cultura de las relaciones, los lenguajes y las gramáticas hacen referencia a un nosotros como constitutivo del yo. Y si hay un nosotros es porque toda relación

está por construir entre varios sujetos que interaccionan en diversas direcciones según metas, intereses y deseos, y conforme a las diferentes condiciones de posibilidad –que tienen que ver con los contextos controvertidos de los que hablaba Donati y que, no hay que olvidar, son de naturaleza relacional.

A esta cultura relacional puede contribuir la inter-generacionalidad, ya que es la existencia de un *entre*, de relaciones entre personas de distintas generaciones, lo que, de modo distintivo, nuclea y articula lo que no es sino una forma de práctica. Una cultura que predica encuentros, que enfatiza lo que sucede entre las personas y cómo eso que sucede acaece en un tiempo y un lugar determinados, creando territorios existenciales, vinculando o separando a sujetos, antes que centrándose en los individuos aislados y categorizados en función de criterios abstractos.

Como se ha venido planteando, esta guía apoya la idea de inter-generación, de relación entre generaciones, en conexión con la condición relacional que fluye y se renueva en la naturaleza humana. El sentido y el significado de todo lo que acaece se encuentra en la relación, mejor aún, en las temporalidades que entran en juego en cada relación. Las posibilidades que ofrece el prefijo *inter-* se priorizan frente a las del adjetivo *generacional* como modo de entender la intergeneracionalidad.

En consecuencia, y yendo más allá de dicho adjetivo, en esta guía se propone que la intergeneracionalidad habilite el modo en que las edades y las cohortes –con sus respectivos tiempos– y las generaciones con los suyos, que están conectados con los de edades y cohortes, pueden –y hasta deben– dialogar entre sí. Un diálogo en el que también podrían tener cabida los ciclos –por ejemplo, mediante las edades de desarrollo– y los cursos vitales –a través, por ejemplo, de las edades institucionales–. “El concepto de curso vital también puede considerarse como un índice que sitúa a las personas en un continuo de edad socialmente construido dentro del tiempo histórico” (Pilcher, 1994: 489).

Como la misma Pilcher explicó, Mannheim supo ver la relación recíproca entre vidas y estructuras y, más en concreto, entre tiempo biográfico y tiempo histórico. Sin embargo, esa visión daba para más, se quedó corta y hay que desarrollarla. La dirección complementaria que esta guía propone consiste, como ya se ha adelantado, no solo en ahondar en la dimensión temporal sino en conectarla con la relacional y, en consecuencia, desviar el excesivo foco que se ha venido poniendo sobre la identidad generacional como pieza de arranque –“¿De qué generación soy?”–. La identidad no deja de tener importancia en lo generacional pero no se debería conjugar únicamente como posición, afiliación, pertenencia o experiencia ex-ante sino, sobre todo, como identidad-en-relación-con/en-el-tiempo: somos nudos de relaciones entre tiempos, fenómenos constituyentes de lo relacional. Y, como se verá a lo largo de la guía, estas relaciones y tiempos no son algo abstracto sino formas empíricamente observables en las prácticas sociales, en los órdenes sociales de todo tipo entendidos como actualizaciones de experiencias con densidad temporal variable pero siempre multitemporal.

2.2. Edades y relaciones interetarias

Edades, cohortes y generaciones son conceptos polisémicos y, además, como ya se ha adelantado en el capítulo anterior, están ubicados en distintas regiones del doble plano relacionalidad-temporalidad. Una vez que el prefijo *inter-* ha recibido la debida atención, tiene sentido abordar de qué modo distinto lo *interetario*, *intercohorte* e *intergeneracional* ofrecen posibilidades dentro de ese plano. Comencemos explorando la polisemia del término edad.

La edad de un ser vivo es el tiempo vivido, habitualmente expresado en número de años, meses, semanas o días; aunque no se suele adjetivar, en realidad esta edad es la *edad cronológica*. Su traducción temporal es la duración, el periodo y la continuidad –mientras hay vida hay edad–. ¿Qué decir de su relacionalidad? ¿En qué trama de relaciones puede entenderse esta edad como objeto relacional? Pues, por ejemplo, en tramas de categorización: asignar a cada persona un número, una edad, es un modo relativamente sencillo y eficaz de etiquetarla para designar, ordenar, ubicar, incluir-excluir, comparar, asignar, sujetar y predicar; dicho de otro modo, para gestionar –más adelante se verá que incluso hay todo un campo de intervención denominado “gestión de la edad”–, a menudo con base en una supuesta esencia que, en realidad, es conferida por la propia categorización.

La categorización etaria convierte la edad en materia social. En este sentido la edad funciona de modo similar al sexo, al género o a la etnia, si bien su análisis detallado como eje de desigualdades, construcción social y artefacto político es todavía una especie de “revolución pendiente” (Barnes *et al.*, 2024) que se está produciendo.

Si bien es cierto que la categorización etaria –saber a qué grupo etario se pertenece– puede orientar el autoconcepto y mejorar la eficiencia cognitiva a la hora de identificarse e identificar a otras personas –pues reduce fuertemente la indeterminación–, también lo es que se trata de un proceso que enfatiza las diferencias y las evaluaciones intercategorías. Este énfasis está directamente relacionado con la práctica de establecer sistemas de estratificación etaria e incluso clases de edad. A menudo, dicho proceso es la base para la construcción de estereotipos, prejuicios y hasta discriminación. No en vano, se ha evidenciado que el edadismo se produce porque cuenta con las edades y su categorización como materia prima; sin trascender la edad cronológica se hace difícil pensar cómo se puede escapar del edadismo.

El edadismo, en su acepción más amplia, consiste en la discriminación –cómo nos comportamos– en contra o a favor de cualquier persona o grupo de personas por su edad –fundamentalmente pero no únicamente por su edad cronológica–, habitualmente vinculada a prejuicios –qué sentimos: nuestras actitudes– y estereotipos –qué pensamos: nuestras imágenes– negativos o positivos. Sabemos que el edadismo minusvalorador es un problema social de calado, creciente y con grave afectación para la salud de las personas.

Además, esta forma de discriminación está conectada con la segregación etaria, que se refiere tanto a la existencia de barreras estructurales entre individuos o grupos que ocupan distintas posiciones etarias como a la falta –total o parcial– de interacción entre esos individuos o grupos. Edadismo y segregación son dos formas relacionales que, utilizando la edad como recurso, obstaculizan, impiden y desanudan ciertas relaciones de coordinación de lo aparentemente distinto.

Lo anterior se puede predicar igualmente en relación con otras edades que no son la cronológica, porque la edad no solo es polisémica –tiene significados diversos– sino multidimensional –cada edad se centra únicamente en una parte del instrumento–. ¿Qué edades son esas? En el cuadro 2.1, y a partir de trabajos como los de Aapola (2002), Pitt-Catsouphe y colaboradores (2012) y Johfre y Saperstein (2023), se presenta esquemáticamente una tipología de edades construida a partir de la idea de que la edad tiene diferentes dimensiones que incluso pueden llegar a ser aglutinadas dentro de discursos –por ejemplo, el discurso de la edad cronológica, el de la edad física, el de la edad experiencial o el de la edad simbólica–. Un discurso sobre la edad va mucho más allá del hecho de ponerle edad a algo; alude a un conjunto más o menos sistematizado de acciones y lenguajes que utiliza conceptos, ideas y prácticas, con anclajes históricos, sociales, culturales e institucionales. Es un modo de argumentar que la edad es algo que se hace y que, a su vez, en su variante discursiva puede hacer.

De la lectura del cuadro 2.1, en el que se podrían añadir otros tipos de edad, es fácil concluir, por un lado, que la edad no es solo un número, ni mucho menos. Y, por otro lado, que lo adecuado sería hablar de edades, en plural: nadie tiene una sola edad, a menos que decida hacer referencia solo a una e invisibilizar el resto. Y cada una de esas edades es, en todos los casos, un objeto relacional, una construcción social –como lo son el género o la etnia–, utilizada de un modo singular para manejar la temporalidad asociada a seres vivos e incluso a objetos: se puede hablar de las distintas edades de un animal, de una planta... o de una fotografía.

La operacionalización de las edades es diversa. Se utilizan indicadores como la esperanza de vida al nacer, el número restante de años saludables, la posición categórica en instituciones ordenadas por edades o etapas, ciertos biomarcadores, niveles de forma física, rendimiento de la memoria, trayectoria temporal en un área de especialización, etc. (Johfre y Saperstein, 2023). Entre otros factores, las edades dependen de elementos sociales, históricos y culturales; también psicológicos, económicos y políticos. De lo contrario no se podría explicar por qué, por ejemplo, en el Reino Unido la población estima que la adultez de los varones comienza a los dieciocho años mientras que en Bulgaria los ciudadanos dicen que lo hace cerca de los veintiséis. O por qué, en nuestro país, un menor con dieciséis años se considera apto para jugar profesionalmente en la primera división de fútbol pero no para votar en unas elecciones, mientras que sí podría hacerlo en Austria, Brasil o Argentina.

CUADRO 2.1. *Diferentes tipos de edades*

<i>Denominación</i>	<i>Descripción</i>	<i>Ejemplos</i>
Edad cronológica	Número de años vividos desde el nacimiento	30, 55, 76...
Edad físico-cognitiva	Cambios fisiológicos temporalizados que afectan a la capacidad de funcionamiento de las personas	Pubertad, menopausia, vejez, cuarta edad...
Edad socio-emocional o de desarrollo	Etapas de desarrollo en el proceso de maduración humana	Infancia, adolescencia, juventud, adultez temprana, vejez...
Edad social o contextual	“¿Qué edad creen los demás que tengo?”, “¿Qué edad me echan?”	“Rondarás los cincuenta”, “Diría que es una persona mayor”, “Eres joven”...
Edad ocupacional	Edad en el contexto de una carrera u ocupación	Sustituto, asociado, ayudante...
Edad organizacional	Posición temporal en una organización	Principiante, <i>junior</i> , <i>senior</i> , emérito...
Edad normativa o institucional	Reglas establecidas que rigen las maneras de actuar en relación con la edad	Minoría y mayoría de edad, edad de divertirse, edad de finalización de estudios, edad de jubilación...
Edad generacional	Edad de cohorte	Millennial, generación Z...
Edad relativa	Edad resultante de comparar el propio envejecimiento con el de otras personas o grupos	“Me siento una carroza con respecto a mis hijos”, “Estoy hecha una chavala si me comparo con mis compañeros”...
Edad eventual	Sitúa a la persona en relación con eventos de curso vital considerados relevantes en un orden social concreto	Edad de emanciparse, edad de casarse, edad de tener hijos...
Edad subjetiva o experiencial	Edad que una persona siente que tiene	“Me siento maduro”, “Me siento joven”, “Creo que he vuelto a nacer”...
Edad ritual	Edad vinculada a ritos de paso específicos	Edad de la menarquia, edad de jubilación, edad de paternidad...

El número que representa la edad, cuando es el caso, dice lo que se quiere que diga o, mejor aún, lo que cada constelación relacional posibilita decir: aunque resulte infrecuente admitirlo, no hay nada que naturalmente iguale a dos individuos por el hecho de llevar el mismo número de días de vida, más allá de la cuenta de esos días. Lo que sí es habitual es que la edad cronológica no refleje adecuadamente la variación de ca-

racterísticas económicas, funcionales y de salud entre personas con el mismo número de años pero pertenecientes a distintas cohortes, poblaciones o regiones. Lo mismo se podría afirmar de las edades que no se sirven de dígitos sino de otro tipo de etiquetas.

En apariencia, la edad, las edades solo designan algo contrastable —el paso del tiempo— pero realmente no es así: cada atribución etaria es un acto de producción social. Y, cuando agrupamos a varios individuos formando una clase de edad, lo que hacemos es situarlos en un campo cargado de procesos de configuración y reconfiguración articulados en torno a reglas y recursos para la movilización, en forma de prácticas, valores, normas, fines y medios. Esto es algo que se aprecia muy bien cuando se presta atención a los trabajos de “evaluación de la edad” —por ejemplo, la que se realiza cuando las autoridades responsables de los sistemas de asilo necesitan confirmar si se está, o no, tratando la solicitud de asilo de un menor— o de “gestión de la edad”.

Esta última, que ha ido ganando presencia en el campo de los recursos humanos y la gestión de personal en organizaciones, se refiere a las actuaciones intencionadas dirigidas a incidir en la contratación, la retención, la adaptación, la evaluación, la formación y la motivación de las personas trabajadoras a medida que su edad aumenta y, en especial, en las edades más avanzadas. Parte de la idea de que la edad es algo gestionable, manipulable y, por tanto, no natural sino producido y mantenido, una especie de ficción necesaria; todo ello al servicio de los objetivos organizacionales. Una vez más sale a relucir la naturaleza social de las edades, que esta guía entiende que es equivalente a su naturaleza relacional.

Visto lo anterior, ¿qué sentido tiene hablar de *relaciones interetarias*? Repasando el cuadro 2.1, en principio, se desprenden múltiples sentidos. Por ejemplo, dos personas o grupos con edades físico-cognitivas distintas podrían entrar en relación para colaborar combinando sus competencias —ej. la fuerza física de una persona adolescente y la imaginación práctica de una persona adulta—. Eso sí, estas dos personas o grupos no tendrían necesariamente que coincidir en cuanto al resto de las edades porque cada edad está articulada sobre un eje temporal distinto. Desde el punto de vista normativo, por poner otro ejemplo, alguien menor de edad —no autorizado a conducir— podría establecer relaciones con una persona conductora —y, por ende, mayor de edad— para satisfacer sus necesidades de desplazamiento. En ambos ejemplos, el carácter interetario de la relación no vendría dado porque las personas implicadas tuvieran una cierta edad —algo que siempre va a estar ahí porque no hay persona ni, sobre todo, ciudadano, sin edad— sino porque esa edad fuese un eje primordial —nunca único— en la constitución de la relación.

Interacciones como estas podrían dar pie a relaciones, sí, pero no olvidando que, según el concepto de relación propuesto, el posible vínculo emergente no se explicaría únicamente por la diferente posición etaria sino por unos valores, reglas, metas y medios singulares, sui géneris, pero a la vez enraizados en un contexto social amplio —cultura relacional, estructuras relacionales, recursos relacionales...— que, al construir

las edades como material relacional, sirve de espacio para la actualización presente de un conjunto indeterminado de reglas y recursos puesto en juego en dicha configuración relacional. Tal y como se ha expresado en los ejemplos, las edades ofrecen el sustrato relacional y temporal distanciado imprescindible para el ejercicio de orientación, reciprocidad y coordinación que supone una relación interetaria.

Una relación interetaria es denominada así porque las posiciones etarias se perciben como componentes relevantes y significativos –primordiales se ha dicho antes– de la constelación de partida detonante de la formación de la configuración *sui géneris* que habrá de emerger. Ahora bien, esas posiciones no pueden explicar por sí solas la posible relación social que se alumbra; el etiquetamiento etario no tiene capacidad para esconder aquello de lo que procede y que le supera, a saber, la trama de relaciones múltiples que lo sostiene y, por tanto, la interconexión con otras relaciones sociales, es decir, con otras distancias, orientaciones mutuas y temporalidades.

Así, escoger un solo tipo de edad para tratar de clasificar y caracterizar una relación interetaria –pensemos en la relación entre personas jóvenes y mayores, en términos etarios– es un reduccionismo tan erróneo e impreciso como tratar de entender toda la actualización de las experiencias humanas únicamente refiriéndose a las que tienen que ver con el eje etario-temporal “edad socio-emocional o de desarrollo” del cuadro 2.1.

Solamente el entrelazamiento de edades múltiples podría acercarnos –aunque fuese de lejos– al entendimiento de lo que especifica y realmente sucede cuando hablamos de relaciones interetarias –de unas edades con otras y no solo de una posición etaria con otra dentro de una misma dimensión de la edad–, que serían aquellas en las que diversas edades toman protagonismo en la malla relacional y anudan entre sí varios hilos –y los respectivos procesos relacionales que los sostienen contingentemente– capaces de posibilitar la conexión recíproca entre tiempos (edades) diversos.

Según esto, ¿cuál podría ser, entonces, una forma específica de configuración de una relación interetaria, según la cual las posiciones y acciones etarias fuesen una clave preponderante para entender valores, reglas, metas y medios de esa relación? Pensemos en una pandilla de niños en la que las distintas edades cronológicas, de desarrollo y rituales actúasen como vías de permanente actualización de la experiencia de pertenencia a tal pandilla; este esquema podría considerarse un ejemplo de objeto interetario en el que el control de reglas y recursos, la elección de fines y objetivos, y la decisión sobre los valores estarían entretejidos a partir y a través de las distintas y variables posiciones etarias.

Así, en esa pandilla las acciones de los niños más desarrollados físicamente podrían explicar, en momentos concretos, el uso de la fuerza física como recurso relacional preponderante, pero, también, la posición ventajosa de los niños que hubiesen pasado por el ritual iniciático de haberse fumado un primer cigarrillo –con independencia de su edad de desarrollo y de su fuerza física– podría tener la oportunidad de

establecer, momentáneamente, el sentido de la experiencia relacional en ese mismo grupo. Y así podríamos seguir. Tanto la fuerza física como el ritual aludidos no han sido inventados por la pandilla sino que son formas sociales de orientar las relaciones que este grupo concreto actualiza a su manera.

Las relaciones interetarias están a la orden del día porque todo el mundo lleva consigo, al menos, una edad, que puede salir a relucir como materia configuradora de relaciones. Quizá sea la edad, las edades en cualquiera de sus dimensiones, la forma de temporalidad más extendida en los órdenes, constelaciones y configuraciones sociales. Otra cosa es que su muy variable naturaleza relacional restrinja de facto las ocasiones en las que se puede afirmar que es la coordinación e interdependencia etaria la clave fundamental en una relación. Una intervención intergeneracional que trabaje con grupos de edades –y que, en realidad, debería denominarse intervención *interetaria*– sería una vía para aumentar dichas ocasiones.

2.3. Cohortes y relaciones intercohortes

Pasemos ahora a hablar de nuestro segundo instrumento de relación-temporalización: la cohorte. En el capítulo anterior se adelantó que una cohorte es un grupo cuya conexión temporal consiste en haber vivenciado coincidente y significativamente un mismo evento durante un intervalo cronológico. Es decir, una cohorte es un grupo sincronizado temporalmente, pero no, como sucedía con las edades, adscribiendo una temporalización concreta a cada uno de sus miembros como individuos distintos sino como producto de una contemporaneidad.

En una cohorte no es condición necesaria la relación que los miembros mantengan entre sí, ni su manera de experimentar aquello que los coloca en la cohorte, sino su localización espacio-temporal compartida como contemporáneos –pero no estrictamente coetáneos: los integrantes de una misma cohorte pueden tener diversas edades–. Este relegar a un segundo plano su carácter relacional en torno a las experiencias temporalizadas es una de las diferencias genéricas entre una cohorte y una generación.

Por otro lado, el concepto de cohorte sí suele tener una fuerte componente sucesoria: se presta mucho a la consideración simultánea de varias cohortes que, en distintos periodos, han atravesado por similares contemporaneidades –ej. ¿cómo han vivido su emancipación del hogar paterno las cohortes de jóvenes nacidas, por un lado, entre 1940 y 1950 y, por otro, entre 1975 y 1985?–. En su momento se defendió que las cohortes eran la contraparte dinámica de un elemento estructural y estático: los estratos etarios. Desde el momento en que una cohorte maneja no solo edades sino épocas, es decir, tiempos históricos, las posibilidades de dinamismo aumentan.

En el caso paradigmático de las cohortes de nacimiento –muy extendidas en demografía– no habría diferencia alguna entre una cohorte y un grupo etario para el

mismo periodo, excepto en el tamaño: la cohorte tiende a incluir a todas las personas nacidas en la horquilla de años elegida –puede utilizarse un solo año o cuantos se consideren oportunos, si bien entre diez y quince años suele ser una distancia habitual–, pero el grupo etario puede estar constituido solamente por una parte de las personas de esa horquilla. Con esta excepción en mente, si consideramos a la totalidad de sus miembros, decir que, en 2024, vamos a prestar atención al grupo etario de personas entre sesenta y cinco y ochenta años equivale a ocuparse de la cohorte 1944-1959. Otra cosa es que se tenga que explicar el porqué de la conveniencia de prestar atención a tal grupo etario o cohorte. Por ejemplo, ese mismo grupo etario nos puede interesar a los efectos de analizar lo que sucede en los primeros quince años tras la jubilación –para las personas que se han jubilado a los sesenta y cinco años–. La cohorte 1944-1959, además de por esa posible justificación, podría ser objeto de interés por estar compuesta por quienes pasaron su infancia en el periodo posterior a la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Se puede apreciar cómo grupo etario y cohorte pueden tomar derivas distintas.

El llamado *análisis de cohortes* se ha especializado en el estudio de lo que sucede tanto al interior de una cohorte como entre esa cohorte y otras. Tiene un objetivo claramente distinto al *análisis de edades*. Este último se interesa por saber qué es lo que puede explicar el proceso de envejecimiento de las personas, es decir, que vayan cumpliendo años –o, según el concepto de edad utilizado, que vayan pasando por etapas de desarrollo, cambios físico-cognitivos o posiciones escalonadas temporalmente en una organización, si bien es la edad cronológica la que se suele utilizar–; en cambio, el análisis de cohortes se fija en cuándo se cumplen años, es decir, en el tiempo histórico más amplio como verdadera clave explicativa.

Un ejemplo puede ayudar a entender la diferencia entre estos dos tipos de análisis. Digamos que queremos entender la decisión de voto en unas elecciones generales, celebradas en 2024, de las personas que han votado por primera vez, es decir, aquellas que tienen entre dieciocho y veintiún años –estamos suponiendo que las últimas elecciones tuvieron lugar cuatro años atrás y, por tanto, quienes tenían deciseiete en ese momento no pudieron votar entonces–. ¿Se explica la conducta de voto por la edad de esos votantes, es decir, por el momento concreto en su proceso de envejecimiento? El análisis de edades se ocuparía de esta pregunta. ¿O más bien esa conducta tiene que ver, según un análisis de cohortes, con el hecho de pertenecer a la cohorte de dieciocho a veintiuno en 2024, en un contexto histórico, digamos, de dificultades para la emancipación temprana del hogar familiar por una escasa oferta de vivienda asequible para los miembros de esta cohorte? No es sencillo resolver esta disyuntiva por la correlación evidente que existe entre edades y pertenencia a cohortes de nacimiento: si sabemos el año en que estamos y nos dicen la edad de una persona, de inmediato podemos saber cuál es su cohorte de nacimiento; lo mismo sucede con la edad si sabemos el año y nos facilitan el dato de la cohorte.

En el cuadro 2.1 se planteó una tipología de edades, algo que no funciona del mismo modo en el caso de las cohortes. ¿Por qué? Porque el instrumento edad ha sido objeto de mucho más trabajo de producción social que la cohorte. La edad es una localización temporal –a menudo, erróneamente naturalizada– que utiliza referentes fundamentalmente establecidos de modo colectivo, al margen de las acciones de los individuos a quienes se les atribuye una edad concreta –ej. la consideración de quién es menor de edad viene dada–; sin embargo, con la salvedad de la cohorte de nacimiento, el criterio de construcción de cohortes suele ser *ad hoc*, se apoya en una intencionalidad estratégica concreta a la hora de decidir qué es lo contemporáneo significativo que justifica hablar de tal o cual cohorte y agruparla con un fin. A este respecto, es común que quienes realizan tareas de investigación asuman un papel protagonista en tal proceso de justificación.

No obstante, a efectos ilustrativos, se ha preparado el cuadro 2.2, con algunos de los ejemplos más comunes de cohortes tanto en la literatura especializada como entre el público general.

CUADRO 2.2. *Diferentes tipos de cohortes*

<i>Denominación</i>	<i>Descripción</i>	<i>Ejemplos</i>
Cohorte de nacimiento	Conjunto de seres vivos nacidos en una horquilla de años concreta	Cohorte 1900-1915, 2000-2015, 2020...
Cohorte etaria	Conjunto de los seres u objetos que comparten una cierta edad cronológica. Esta edad se considera el evento aglutinador. Se trata de un grupo etario; por ello se suele considerar inapropiado el uso del término cohorte en este caso	La cohorte de vehículos con 30-35 años en 2020, la cohorte de quienes tienen entre 20 y 25 años...
Cohorte demográfica	Grupo significativamente distinto por razones demográficas	Generación <i>baby boom</i> , generación <i>baby bust</i> ...
Cohorte generacional	Agregado con un rango de edades que ha vivido un periodo histórico supuestamente diferenciable	<i>Millennials</i> , generación X, generación Z...
Cohorte de jubilación	Personas que han coincidido en jubilarse en un cierto periodo	Cohorte de jubilación del año 2020...
Cohorte de graduación	Conjunto de personas egresadas al mismo tiempo	Cohorte de graduación del curso 2023/24...

También las cohortes existen dentro de contextos relacionales. Por tanto, y una vez que ya se ha hablado de las dos temporalidades más típicas de las cohortes –la contemporaneidad y el periodo histórico-epocal–, al igual que se hizo con las edades, procede preguntarse por su relacionalidad. En general, y en el nivel individual, la edad se conjuga en singular –tal persona *tiene* tal edad–, la cohorte con visión colectiva –tal persona *forma parte de, pertenece a* tal cohorte.

Sin embargo, si, como se ha aconsejado, pasamos a hablar de edades, entonces una persona tiene varias edades –ej. “Inma es una joven (edad de desarrollo), de 23 años (edad cronológica), que acaba de tener su primer hijo (edad ritual) y que aún no ha finalizado la educación obligatoria (edad normativa)”–, pero eso no la convierte en miembro de un colectivo, a menos que tal colectivo se construya. Sin embargo, el concepto de cohorte, además de que también es susceptible de aplicarse de maneras múltiples a un mismo grupo de personas –ese grupo puede pertenecer a diversas cohortes–, siempre tiene, de arranque, naturaleza colectiva. Ahora bien, lo colectivo y lo relacional se refieren a dos planos distintos: el de la concurrencia y el del entrelazamiento, respectivamente.

¿En qué sentido se puede hablar de entrelazamiento en una cohorte y entre cohortes por el hecho fundamental de la pertenencia a esa forma temporalizada de agregación? La pregunta no tiene una respuesta inmediata, como sucedía al hablar de las relaciones interetarias, pues, en principio, nada indica que los miembros de una cohorte deban relacionarse para ser tales, ni que una cohorte necesite estar vinculada a ninguna configuración relacional emergente para ser constituida; basta con plantear un criterio de adscripción de sus miembros. La significatividad del evento es atribuida por quien está interesado en construir una cierta concurrencia.

En el nivel intracohorte, una cosa es que cómo le vaya a un miembro de una cohorte dependa en parte de cómo le vaya al resto, y otra muy distinta es que cómo le vaya a ese miembro solo pueda entenderse teniendo en cuenta las configuraciones sui géneris emergentes a través de procesos recíprocos entre los miembros de la cohorte. El *análisis intracohortes* no entra en este plano relacional, que, como ya se ha adelantado y se verá más en detalle, es más propio de las generaciones, por lo menos de algunas de las denominadas como tal.

Pensando ahora en las *relaciones intercohortes* la cosa cambia –haber añadido el prefijo *inter-* es la causa del cambio–: podemos encontrar ejemplos de ese tipo de configuración sui géneris del que se viene hablando. Los casos de una asociación de personas egresadas o de quienes se han jubilado de una organización son quizás de los más sencillos. Cuando alguien convoca la asamblea de la asociación de antiguos alumnos de un centro universitario, lo que puede estar aconteciendo es el establecimiento de las bases para una forma de sincronidad que puede habilitar modos de orientación y coordinación mutua entre promociones distintas, que no son sino cohortes. No es infrecuente que las personas convocadas a un encuentro de ese tipo duden si acudir o